

Enrique Krauze

«España y México tendrían que celebrar los 500 años de la conquista juntos»

El célebre autor, galardonado con el premio de Historia Órdenes Españolas por «ofrecer una visión independiente del pasado mexicano», lamenta que no sea posible por razones políticas

IBRAHIM VIANA
MADRID

Hay una cuestión que Enrique Krauze (Madrid, 1947) quiere dejar clara desde el primer capítulo: «No voy a hablar de López Obrador». Lo repite hasta en tres ocasiones, muy calmado y explica bien las razones para no palear heridas: «Todo el mundo sabe que nunca he rechazado la política ni el contenido más crítico, por lo que he sido objeto de difamaciones, calumnias y ataques hirientes. Sin embargo, año 2012 se me otorgó el premio Órdenes de España de México y quiero que esa el sello de los historiadores, no de los políticos». Su propósito nunca fue, como todo en un país como México donde el nacionalismo impera sobre todo en la escuela a través de Cortés para atacar a España por los hechos que protagonizó en 1519. Hace un año, tras un escrito en su carta al rey Felipe VI y al Papa para que perdieran perdón por los hechos acontecidos durante la conquista y la dominación colonial. Y en febrero, lanzó públicamente un texto que visitaba no solo al pasado sino a la actualidad: «Desde hace siglos —añade Krauze—, en México ha habido muchos grandes historiadores que han introducido la conquista desde diferentes perspectivas. Sin ellos a qué se referiría a la patria, desde Hugh Thomas o Miguel León-Pfend, pasando por John Elliott o Edward H. Carr, porque los gobiernos se aferran a que no se añada la historia con fines políticos. Promueven una idea tan simple y política: el trabajo del historiador y su profesión: escribir, investigar y escribir. La tarea importante es investigar». La saga se inauguró hace ahora 10 años con «Castillos caídos en la Nueva España» (1998), premio de historia del primer libro que acabó de ser galardonado con el premio Órdenes de España. «En España, que reconoce la importancia de la conquista, está una relación con la historia y su profesión».

en el mundo. Fue pionero por la Universidad Autónoma de México, la más antigua de América Latina, y la recibe porque, según el jurado, «ofrece una visión independiente de la historia mexicana, desde se conjugan los elementos indígenas con la cultura cristiana recibida de Europa, pero siempre basándose en la investigación». Una labor que realiza, también, en la revista Letras Libres que fundó en España, en 1999, para tender «puentes más sólidos y racionales» sobre el Atlántico y «fortalecer los vínculos» entre ambos mundos. «Le ha generado muchos enemigos sus «visiones independientes»? —En realidad no. He tenido suerte, porque mis libros han sido leídos por un público amplio y generoso de varias generaciones. Y he tenido polémicas claras, sobre el lugar que la política ocupa en la historia, pero han sido siempre de altura, con historiadores que admiro. —Recuérdanos una... —En los 80, por ejemplo, varias habilitaciones marxistas y nacionalistas reaccionarias proponían que la historia debe ser siempre política, ligada a una visión de clase. Yo me decía que esa visión era demasiado reduccionista, porque la vocación del historiador debe ser el conocimiento, como lo ocurrido desde la época de Heródotus. Proponía una historia para el saber y no para el poder, para no dejar aspectos sociológicos, culturales, demográficos o artísticos fuera, pues son también materia de la historia. Los historiadores no debemos nunca someternos a los intereses políticos. —¿Quieres decir que la historia no es blanca y negra? —Exacto. En su libro «La presencia del pasado» (Tusquets, 2008) habla de Hernán Cortés, Moctezuma y Cuauhtémoc, pero con una visión más compleja. En el encuentro de 1519, por ejemplo, había un momento de profunda indigestión que estaban experimentando por los marcos, por lo que se aliaron con el español. Además, se creó una cultura con valores étnicos, indígenas, religiosos, políticos y lingüísticos nuevos que hoy profanan todos los museos. Este país es el resultado de ese encuentro histórico, pero creativo. Por eso no descuido el mito partido por nadie, como Octavio Paz, que decía que debíamos dejar atrás el «mito negro de Cortés». —¿La conciencia de esa complejidad le impide a no politizar la historia? —La razón es que, antes que yo, hay 10 generaciones de historiadores de diversa signo que trataron de buscar la misma que me muestran sus enseñanzas a mí: la verdad en la historia. En México fue el filósofo discípulo de José Martí, que a su vez lo hizo saber del gran Diego y Gaspar. También estaba un obrero de ideas españolas que buscó solo el estudio de grandes profetas como José Martí. Ramón Giletti o José María Echeverría, quienes vivieron en España, pero que ya no están. —¿Cómo se estudia a Hernán Cortés en los colegios de México? —En los libros actuales hay una visión más equilibrada de la caída de Tenochtitlan de la que había hace muchos años, pero tengo la impresión de que va a cambiar cuando Gobierno. Los libros

se politizarán más. Pero tengo la certeza de que, cuando recorra muchos historiadores, volveré a leer mi libro y una crítica basada en el conocimiento. —¿Quieres decir que el Gobierno difundirá una imagen negativa de los conquistadores españoles en sus libros? —Más bien una imagen mixta. Yo soy creyente en una historia de hechos y valores. De hecho, la palabra «héroe» apenas aparece en sus libros, y nunca para referirse a Moctezuma, Cuauhtémoc o Cortés. Se la reserva a los intelectuales, como Octavio Paz. Por eso, cuando la conquista de México se cuenta como el solo momento del blanco y el negro, la crítica. Eso hizo con el ensayo sobre Cortés que escribí para la Real Academia de la Historia española, porque era un hombre lleno de dudas. Era noble y honesto, un escritor y militar, aventurero y organizador. Más complejo que Platón y, seguramente, menos tanquero. Por eso yo soy partidario de la investigación, pero un humanista que trata de comprender cada episodio. —¿España sabe valorar las aportaciones de México a su historia? —Creo que no. Hace años visité a un amigo en España y le pregunté a sus



A sus 73 años, Enrique Krauze ha publicado más de treinta ensayos

de México, que no me sorprendió, porque en México estamos ajenos a nuestra historia común, que es compleja, pero los españoles lo están menos con su pasado americano. América Latina debería estudiar más en España. —¿Desde más ve esa falta de interés? —No me presta atención las series 'Isabel' y 'Carlos, Rey Emperador', y creo que la cobertura de América y de personajes como Bartolomé de las Casas en el mismo Cortés era muy deficiente. He visto grandes producciones españolas sobre el pasado europeo, pero no sobre el americano. En una terna pensaba y debería hacerla justicia. —Hablando de unidad, ¿es posible que México y España celebren juntos el aniversario de la conquista? —Me habría gustado, pero va a ser difícil por razones políticas. La mejor conmemoración es publicar libros y, cuando pase la pandemia, celebrar un congreso de historiadores mexicanos, españoles, ingleses y estadounidenses, donde se produzca un debate profundo sobre aquel choque de civilizaciones que cambió al mundo. Eso es lo importante y los actos de los gobiernos que

me impresionan. Me impresionan, están muy preocupados por sí mismos. —Se abarrió paternalmente le ayudó a ser sergachero de la utopía comunista. ¿Cómo se desengañó él mismo? —Vengo de una familia de refugiados judíos de Polonia que huyeron del nazismo. Si mis padres se hubieran quedado allí, no estaríamos hablando esta

noche si habían quién era Cortés. Me impresionan, están muy preocupados por sí mismos. —Se abarrió paternalmente le ayudó a ser sergachero de la utopía comunista. ¿Cómo se desengañó él mismo? —Vengo de una familia de refugiados judíos de Polonia que huyeron del nazismo. Si mis padres se hubieran quedado allí, no estaríamos hablando esta

con toda franqueza, me me preocupan. Están muy preocupados por sí mismos. —Se abarrió paternalmente le ayudó a ser sergachero de la utopía comunista. ¿Cómo se desengañó él mismo? —Vengo de una familia de refugiados judíos de Polonia que huyeron del nazismo. Si mis padres se hubieran quedado allí, no estaríamos hablando esta

reconstrucción. Mis abuelos eran socialistas, porque para ellos la URSS representaba la esperanza. Luego, sin embargo, llegó Stalin y se decepcionaron, porque mi abuelo era dueño de su corazón marxista era dueño socialista. Yo mismo la tuve un tiempo, hasta que me hice liberal y comencé a enfrentarme a las izquierdas más dogmáticas. Desde entonces, la batalla por la libertad y la democracia ha sido incesante, y continúa con los populistas, en todo fin. —Todo son propios de los caudillos, un fenómeno que usted ha estudiado. —Sí, le dediqué un libro, 'El pueblo soy yo' (Debate, 2018), donde analicé la caída de la monarquía absoluta española como causa de que se vio surgieron en Latinoamérica. Antonio Pizarro (Venezuela), Pedro Santana (República Dominicana), Francisco Quiroga y Juan Manuel de Rosas (Argentina). Con más días heroicas, la de los reyes absolutistas y los caudillos, hombres de fuerza y carácter, ganó poco espacio para la democracia liberal. Por eso no tendría que haberme sorprendido la aparición de los populistas en este siglo, que son una mezcla

de poder absoluto y caudillismo. —¿Cómo se desengañó él mismo? —Vengo de una familia de refugiados judíos de Polonia que huyeron del nazismo. Si mis padres se hubieran quedado allí, no estaríamos hablando esta

de poder absoluto y caudillismo. —¿Cómo se desengañó él mismo? —Vengo de una familia de refugiados judíos de Polonia que huyeron del nazismo. Si mis padres se hubieran quedado allí, no estaríamos hablando esta